

¿Para qué, dicen empeñarse en salvar á una sociedad que no quiere salvarse? ¡Precipítese en el abismo que se abre ante ella, si no quiere creer en su existencia! No podemos hacerle violencia y ayudarle á su pesar. Además, ¿no es demasiado tarde para ayudarle? En el borrascoso torbellino de errores que se han desencadenado ¿quién puede descubrir fondo bastante firme para echar el ancla? Batámonos en retirada, y tratemos de librarnos del peligro. Están demasiado lejos del Cristianismo los espíritus para pensar en volverlos á él.

Por eso, hasta entre los mejor intencionados se ha llegado á no tener gran fe en el resultado de una acción apologética. Á veces se pregunta el apologista si el mayor obstáculo á la ejecución de su importante empresa le viene de la indiferencia de los creyentes ó de la sociedad que lo cuenta entre las figuras cómicas de solitarios y de maridos.

5. Toda la moderna cultura se reduce á la glorificación personal del hombre.—Tal es el estado de los espíritus en el mundo actual. Quien lo haya examinado bien, podría acusarnos de haber empleado términos demasiado suaves, cuando hemos dicho, que hacia recordar el caos que precedió á la formación del universo. Al menos éste, podría objetársenos, tuvo por resultado el orden en los elementos. ¿Más qué resultará de este desbarajuste de ideas que tenemos hoy, sino completa decadencia sin esperanza de unión posible?

En efecto, no considerando sino esos trabajos exteriores de los espíritus modernos, algo tiene en su favor este espectáculo. Como en tiempos de la construcción de Babilonia, nadie se comprende hoy. Cada uno tiene su lenguaje, y como si no hubiera confusión bastante, diariamente cambia el significado de sus palabras.

Abajo entre tanto hay un fundamento común que guarda oculto el germen capaz de operar una transformación. Esta confusión la ha causado el mismo espíritu de «autocracia». De ahí el descosido que hay en la ciencia, pues

cada uno sigue sus propias ideas. De ahí la guerra de todos contra todos en el terreno social como en el terreno político, porque no es posible entre los hombres bajo la soberanía del individuo una acción común sin cierta violencia exterior. De ahí el libertinaje en la vida moral, porque enseña la doctrina de Kant que la «inmoralidad más digna de condenación es obedecer á una ley extraña, aun cuando venga de Dios, no siguiendo las convicciones personales.» Bajo su influencia se ha instalado la voluntad propia en la cátedra del legislador y en el tribunal del juez: y ha llegado hasta el corazón del mundo moderno. De ahí, en fin, la destrucción de toda la religión positiva. Es cierto que se habla hoy de religión más que nunca. Se jacta hoy el hombre de haber llegado en fin á conocer su naturaleza: mas no es difícil darse cuenta de que esa religión que se llama nueva, no es sino absurdo monstruoso. No tenemos más que aplicar un poco el oído, y ved lo que oímos: «La religión, tal cual ha sido comprendida hasta la fecha, esto es, la fe en un ser divino, colocado fuera del hombre y sobre el hombre, es debida á las divagaciones de espíritus delirantes, y á los accesos de sonambulismo en corazones enfermos; por eso no se la encuentra entre los animales, sino solamente en el hombre. ⁽¹⁾ Menos expuestos que el hombre á las enfermedades hipnóticas y á la estupidez, están libres los animales de semejantes extravíos; pero el hombre que jura por la religión, tal cual se la concibe actualmente, tiene el cerebro menos ordenado que el perro que guarda la casa, ó que el potro que padece en la pradera. ⁽²⁾ Tiempo es ya de concluir con esa enfermedad permanente y epidémica. No triunfará la violencia; triunfará una nueva educación completamente diferente de la antigua. Convéngase el hombre de su soberanía y de su poder, y por sí misma desaparecerá la religión. ⁽³⁾ No ha «redimido» Dios al hombre, sirviéndonos de

(1) Dühring, *Ersatz der Religion durch Volkmeres*, 228.

(2) Rameri, *Rassegna di scienze sociali politiche*, Roma, 1893, Marzo.

(3) Bebel, *Die Frau* (8) 179.

la palabra que emplea el Cristianismo; y el hombre debe desembarazarse de esa pesadilla que, con el nombre de Dios, siente sobre sí. De este modo será él el salvador de Dios. Porque hasta lo presente está humillada y oprimida la verdadera divinidad. Entre los hombres hay muy pocos que se atrevan á confesar que esa divinidad no es otra cosa que el poder y la majestad del hombre. Esta es la empresa que de común acuerdo deben acometer la ciencia, la educación y la cultura. Están obligadas á hacer á la humanidad tan presuntuosa, que pueda reconocer á la divinidad en sí misma á la verdadera moralidad en su ilimitado derecho á la dominación personal, y á la única religión admisible en el desarrollo de la civilización.»

En todas estas negaciones se ocultan la disolución y el desorden. Al primer golpe de vista parece ser éste el carácter distintivo del mundo actual. Sin embargo, un pensamiento fundamental bien determinado penetra en todas las creaciones de los pretendidos espíritus modernos, y de una sola colada forma un conjunto formidable: es la idolatría del hombre apartado de Dios, y edificando sobre sí sólo; es lo que se llama la humanidad libre. En esta palabra resumimos las ideas modernas, el punto á donde se dirige el movimiento de la civilización actual, y la llave para penetrar en el mundo de hoy.

6. El hombre es el único punto de partida que puede escoger el apologista.—Conocida la situación, no podemos vacilar ya en el camino que debemos emprender para defender la antigua verdad cristiana contra la idea que se ha formado el mundo, y que en apariencia no nos ofrece punto de contacto. En los momentos actuales hay que luchar; hay que hacer frente á los ataques dirigidos contra las doctrinas de la Revelación: no hay duda. Pocas épocas han reclamado con tanto imperio, como la nuestra, apologistas serios, luchadores abnegados, valientes, decididos para engrosar el ejército de los campeones de Dios. Inútil decir, que hoy como siempre, hay muchos cuyo corazón es accesible á la verdad, si se les presenta

como puente de salvación por estrecho que aparezca. Toda la cuestión estriba en saber si existe ese puente, y cómo echarlo. Ya hemos contestado en las precedentes consideraciones.

Puede la humanidad dudar de la creación, de la caída original, de la Redención, de la eternidad y de la inmortalidad. Puede ir tan lejos en sus extravíos, que con Proudhon llame á Dios «el mal», ó con Swinburne «el soberano mal»; pero hay una fe que no pierde jamás, que fortalece sus mismas negaciones, es la fe en sí misma. Niega á Dios, blasfema contra él, lo ultraja, precisamente porque ve en él una infranqueable barrera que le impide continuar su marcha á la idolatría personal. Por desmesurado que sea este culto de la humanidad, no deja de sernos estimable; nos prueba que no ha perdido la fe la generación actual, puesto que conserva la fe en sí misma. Poco importa, dónde comienza la acción de la verdad; porque es única la verdad como la vida humana. Todo depende de que halle un punto de partida. No pierde la esperanza de salvar al moribundo el médico que descubre en él una ráfaga de vida: sabe que, si consigue reanimarla, renacerá la vida. Tan felices como él somos nosotros, teniendo una sola idea á la que da alguna importancia el mundo entero. Y esta idea puede servir de base á nuestros descubrimientos.

7. Plan de la Apología en conformidad con las necesidades de la época.—Determinan ya estas consideraciones las grandes líneas de una apología que quisiera responder á las necesidades de la época. Dejan entrever la forma en que aceptaría el mundo una obra apologética elaborada con este plan. No hay duda de que será favorablemente recibida: lo esperamos así de la gracia de Dios y de la mejor parte de la humanidad.

Eusebio de Cesarea y Agustín pertenecían á una época que se aferraba á la antigüedad con adhesión renovada sin cesar, pero que estudiaba también con predilección la Escritura. Para probar á sus contemporáneos la superioridad de sus críticos, se sirvieron, ya del tesoro de las tra-

diciones paganas, ya de la Biblia, como punto de partida de sus grandes obras apologéticas. Santo Tomás de Aquino vivió en una época que se jactaba de no deponer las armas sino ante la especulativa y la perspicacia lógicas. Le tomó la palabra, y por consideración á aquella inclinación, escribió su «Suma contra los Gentiles». Ved aquí ejemplos que nos señalan el camino que debemos seguir. ¿Queremos saber en qué terreno conseguirá su objeto la apologética actual? No tenemos más que preguntar cuál es el ídolo de nuestra época. Pero no hay lugar á duda: es el hombre, es la humanidad. Si hay un pensamiento común que pueda servir de base á una nivelación entre las dos concepciones del mundo, entre la concepción cristiana y la concepción moderna, es seguramente éste. Queriendo reivindicar para nuestra época los derechos de la antigua verdad cristiana, sobre la idea de hombre y de humanidad haremos estribar nuestros ensayos.

8. La Moral, la Religión y la Cultura son inseparables.—No hay que decir que tomamos aquí la palabra «hombre» no en el sentido físico, sino en el moral. No pretendemos escribir un tratado de «Fisiología». Es nuestro objeto adquirir noción clara de su empresa moral, y darnos cuenta de los medios de que dispone para concluir. Pero esto nos lleva necesariamente á echar una mirada sobre la civilización, sobre las diferentes religiones, sobre el Cristianismo, considerándolos especialmente desde el punto de vista de la moral. Punto que en cierta medida, no es común con la actual manera de pensar.

En nuestra época no hay cosa á que más importancia se dé que á la vida, y no es por casualidad, hoy que tanto se habla de humanismo y de humanidad. Se ha despreciado la fe, y la razón ha sido desterrada, sola la vida se ha considerado digna de atención. En el siglo XV era la vida delicada, la vida artística; en el XVIII, la vida honrada; en el XIX la vida independiente. Con la denominación de Humanismo, hombres dignos en todo del presidio ó de la horca han inundado el mundo de manuales

que, según Villon, uno de los personajes más insubstanciales de aquella sociedad, se proponían hacer de la humanidad una compañía de

«Graciosos galanes
»Que parlan y cantan,
»Y en hechos y dichos
»Á todos agradan».

En los tiempos del Iluminismo fué todavía más considerable la ola de esta literatura. Los corifeos de aquella época, teniendo á la cabeza á Voltaire y á Rousseau, afirmaban todos que el hombre no tiene más que un deber, el de salvar su reputación de hombre honrado á los ojos del mundo; conseguido este objeto, le es por completo superflua la religión. Pero han dado un paso más los tiempos modernos con su moral libre y con su cultura libre. Trabajan para hacer confesar al hombre que la única religión es la Ética irreligiosa. Nos inclinamos á creer que la única divinidad en que cree aún nuestra sociedad es la moral independiente; tanto hiere nuestros oídos esta palabra: está en la naturaleza de las cosas, como ya lo hemos dicho. Mientras sea la humanidad el centro en derredor del cual graviten los pensamientos de nuestra generación, no tendrá pelos en la lengua para hablar de su fuerza, de la cual no es responsable, ni de la superioridad de su inteligencia, ni de su independencia moral. El hombre que se aleja de Dios, y que se hace Dios á sí mismo, no tendrá más que un grito de guerra: reemplazar la religión por algo más perfecto, por la moral puramente humana, puramente natural, todos los medios son buenos para que la moral haga la religión superflua. Y si hay algo que pueda convencer á un carácter sincero para consigo mismo, de la necesidad de un auxilio religioso, es el esfuerzo serio que se hace para llegar á la verdadera virtud. Y el que no lo admita para sí, cuando hayan descubierto su flaco observaciones sin prejuicios, puede decirse que ha nacido comediante.

Además, el que conoce al hombre real, sabe también que

están íntimamente ligadas entre sí la religión y la moral. Es pretensión que no tiene nombre de parte del mundo, querer reemplazar la religión por la ética, como fué tentativa insensata de parte de la ortodoxia protestante, querer reemplazar la vida moral por la fe, fuera de la cual no hay salvación.

Cuanto más frecuentes sean estas exageraciones de la verdad, mejor testimonio darán de que jamás duda la humanidad de la dependencia que existe entre la religión y la moral, aunque con frecuencia se la convenza de lo contrario. Por eso, no dudamos en presentar á la ética como punto de partida de nuestras investigaciones apologéticas. Nos llevará por necesidad al terreno de la religión. Engañase la ciencia moderna, si cree haber alejado la atención de los espíritus del dominio religioso que en tan poca estimación tiene ella, presentando á Cristo como un genio moral, como el Cristóbal Colón del mundo interior, como el Copérnico de la Ética. No hace más que corroborar la convicción de que no se puede hablar de ética sin pensar en la revelación hecha por Cristo, en la religión cristiana y en su fundador. Es natural. Forma el hombre un todo inseparable lo mismo que su vida espiritual. No se puede ni halagar ni maltratar al cuerpo, sin que el alma sea participante de los goces y de los sufrimientos del mismo. No se puede ni desarrollar ni falsear la inteligencia, sin que se haga mejor ó peor el corazón. No se puede ni perturbar ni alterar la vida moral, sin que sienta el golpe la vida religiosa hasta en lo más íntimo. No hay aquí aislamiento posible. Como lo hemos dicho muy alto, poco importa el objeto por el cual comenzamos nuestras discusiones. En todo es el mismo.

Si partimos del hombre y de su actividad moral, nos encontraremos, sin darnos cuenta, en el terreno de la religión. Si partimos de esta potencia divina, permaneceremos estacionados, mientras no pongamos la planta en el terreno de la cooperación humana.

Puede el mundo escoger el orden de batalla que más le

agrade. Sea de ello lo que quiera, el campo de acción es el mismo; no importa que comience el ataque por Dios ó por el hombre, por la piedad ó por el pensamiento.

Por eso no nos desviaremos de nuestra ruta, y con mayor razón, del fin que nos hemos propuesto, si en el marco de nuestros trabajos apologéticos, al lado de la moral, logramos colocar la civilización general. No llenaríamos nuestros compromisos, sino imperfectamente, si nos contentáramos con dar vueltas al rededor de estos dominios sin penetrar en su interior. La civilización—si queremos explicar esta palabra, tantas veces empleada y tan poco comprendida—no es sólo el desarrollo del conjunto de fuerzas intelectuales. Con frecuencia lleva también consigo fuerzas morales. Insistimos en este último punto, porque con muchísima frecuencia ha habido que deplorar las consecuencias perniciosas del error que consiste en comprender con el nombre de «civilización», únicamente la cultura de las facultades intelectuales. No negamos que tienen éstas necesidad de educación, pero es más necesario refrenar la voluntad y el corazón. Es verdaderamente culto el hombre completo que ha perfeccionado de manera seria y uniforme el cuerpo, el alma y todas sus facultades. El cultivo de un pedazo de tierra no es otra cosa que algo de resistencia á la naturaleza. Poco importa que se trate de la fuerza de impulsión nativa, de la fertilidad ó de la rusticidad natural. ¿Se permite que crezca con libertad la abundante vegetación de una pradera? Cada año se presenta más rústica, y no podrá mejorarse sino con una intervención humana positiva. Sucede lo mismo al hombre. El único medio que puede llevarlo á la cultura es la purificación, el ennoblecimiento de sus disposiciones nativas. Nada se consigue con el arbitrario desarrollo de las facultades; no puede contarse sino con el que es proporcionado al fin. El desarrollo inútil ú opuesto al fin es una deformación. No hay cultura, sino cuando las aptitudes exteriores morales ó intelectuales del hombre se desarrollan en proporción justa y adecuada á la vez, de modo que

pueda el individuo cumplir con las obligaciones que tiene para consigo mismo y para con la humanidad, y sobre todo llegar á su último fin.

Está claro que la cultura debe estar tan poco separada de la moral como la moral de la verdadera cultura, y que, á su vez, están las dos inseparablemente unidas con la religión. Siempre llegamos al mismo resultado: ni el hombre, ni su actividad pueden presentarse en trozos.

El que estudia las condiciones exigidas por la cultura del hombre, está obligado á determinar también las leyes de la moral privada y de la moral pública, los principios de la formación del corazón y del ennoblecimiento del carácter. Y no puede hacer todo esto sin adjudicar á la religión objetiva ó al culto subjetivo debido á Dios, la parte de influencia que ejercen sobre la vida.

En nuestros modestos ensayos apologéticos partimos del punto de vista antropológico. Pero no hay motivo para omitir los diferentes puntos que por costumbre se tratan en una Apología. Tendremos además la ventaja de que se nos lleve así á hablar de muchas cosas que no pueden ser discutidas en detalle, en tratados de otro género, especialmente importantes cuestiones de actualidad que se refieren á la vida pública.

9. Moral privada y moral social.—Hablamos de «cultura» y de «moral». Mas por estas palabras no queremos significar el trabajo del hombre considerado individualmente, lo mismo que el jurisconsulto no tiene en vista sólo el derecho privado, cuando habla del derecho en general. Nunca nos pondremos suficientemente en guardia contra esa exclusiva interpretación de las palabras. Es la señal distintiva del Racionalismo y de su primogénito, el Liberalismo. En su subjetivismo y en su individualismo atomístico, éste, y todos los otros sistemas que le son propios, no conocen más vasto horizonte que el de su estrecho interés privado. Concurrencia ilimitada, libre juego de fuerzas, dejar hacer á todos, tal es toda la provisión de pensamientos de que disponen.

¿Queremos ver que apenas si comprenden que tiene el hombre obligaciones para con la gran colectividad de sus semejantes, y que, á su vez, las tiene ésta para con él? ¿Queremos conocer su principio de moral social? No hay más que oírles pronunciar la palabra «Altruismo» inventada por Augusto Comte. Creen que han hecho maravillas. ¡Como si hubiéramos dado un paso más allá de la moral privada, reconociendo en nosotros obligaciones para con los demás! Todos ellos no alcanzan más que al dominio designado por los antiguos con el nombre de «justicia conmutativa». Pero en esto consisten el derecho privado y sus obligaciones. Frente á él se levanta otro derecho no menos importante, que es el derecho público.

Dividíalo la antigua Teología en dos grandes partes: justicia distributiva y justicia legal. Con esta concepción general del derecho y del deber ha dado pruebas ya la doctrina cristiana de ser el sistema del «justo medio». Ha evitado con esto dos extremos que no pueden ser más opuestos. Mientras el espíritu liberal moderno, en cuanto puede, separa al hombre de la sociedad, y le concentra en sí mismo; mientras que le exime de toda clase de obligaciones, y le deja sus derechos con permiso de utilizarlos á su modo; mientras que, con el nombre de cultura, no comprende sino la evolución del ser personal, y sin vergüenza afirma con Rümelin que, en el terreno de la perfección moral, cada uno debe comenzar por los primeros elementos y formarse su propia moralidad, cae el socialismo en la exageración opuesta de que ya fueron culpables los griegos y los romanos. Según él, sólo de la sociedad y para la sociedad vive el hombre; no se pertenece á sí mismo. Pero, como lo declaran expresamente Platón y la Revolución francesa, es propiedad de la comunidad desde luego y en la mayor parte de los casos, sino lo es completamente y siempre. Según Adolfo Wagner, sería la moral algo puramente histórico; sería dada para el tiempo y para el lugar, limitada por el estado general del pueblo en que cada uno vive; ó, según la expresión de Quételet, sería creada